

## La memoria dolorida

### The painful memory

DOI: <https://doi.org/10.51378/eca.v79i777.8555>

#### Amalio Blanco

Académico  
Universidad Autónoma de Madrid  
España  
[amalio.blanco@uam.es](mailto:amalio.blanco@uam.es)  
ORCID: 0000-001-9395-23-15

#### Mauricio Gaborit

Académico  
Departamento de Psicología y Salud Pública  
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA)  
El Salvador

#### Palabras clave:

Trauma, memoria, olvido, amistad, El Salvador.

#### Key words:

Trauma, memory, oblivion, friendship, El Salvador.



## Resumen

Hace veinte y un años, en abril de 2003, veinte y dos de las sesenta y una excombatientes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) que participaron en la investigación que Patricia Silva realizó para obtener el Grado en la Maestría en Psicología Comunitaria se reunieron en Suchitoto a fin de recordar sus experiencias durante la guerra y compartir el discurrir de sus vidas en el momento actual. La reunión fue grabada en su integridad y, a la espera de la transcripción, se elaboró un documento que sirviera de apoyo al que pretendía ser un proyecto sobre la memoria dolorida de las víctimas de la guerra civil de El Salvador. Ese documento, que ha permanecido inédito durante veinte años y ahora damos a conocer, mostraba que algunas de las excombatientes del FMLN que participaron en la investigación de Patricia Silva habían estado expuestas a eventos que, según el DSM-IV, serían los causantes de un trastorno por estrés postraumático (TEPT). Pero de acuerdo con los testimonios ofrecidos por seis de las mujeres participantes en el estudio que accedieron además a una entrevista en profundidad, éstas tuvieron que enfrentarse también a la destrucción de sus casas, a la desintegración de su red familiar y a la ruina de la vida comunitaria, indicadores todos ellos de la presencia en sus vidas de un trauma psicosocial que se mantenía firme y estable en su memoria autobiográfica diez años después del final de la guerra. Esa experiencia es la que ha marcado la vida de un amplio número de salvadoreñas y salvadoreños dando lugar con ello a una memoria colectiva que es necesario recuperar para contrarrestar las fuerzas y los intereses que propugnan el olvido con la intención de ocultar la verdad. Y si hablamos de memoria, el recuerdo de un amigo, como lo fue en toda la extensión de la palabra Mauricio Gaborit, se hace presente ahora y se hará presente siempre, porque la amistad no tiene fecha de caducidad.

## Abstract

In April 2003, twenty-two of the sixty-one FMLN ex-combatants who participated in the Master's Thesis in Community Psychology carried out by Patricia Silva met in Suchitoto (El Salvador) aiming to remember their experiences during the war and how they feel and what they are doing at the present time. The meeting was recorded, and in the meantime for the transcription a theoretical paper was written on the memory of trauma of the civil war victims. This paper, that is now being published, showed that the FMLN ex-combatants had been exposed to events that, according to the DSM-IV, could open the way to a post-traumatic stress disorder (PTSD). In addition, and according to the data coming from the semi-structured interview with six of the participants, they witnessed the destruction of their homes, the disintegration of their family network, and the damage of their community. Therefore, their exposition to such stressful events lead to a psychosocial trauma in their autobiographical memory ten years after the end of the war. This is also the emotional experience of many other people in El Salvador giving rise to a collective memory worth to recover against the ones who try to hide the truth. And the memory of Mauricio Gaborit, a deep friend, is also present and will always be present because friendship has no expiration date.

\*\*\*

El día 1 de abril de 2003, Patricia Silva y los dos firmantes de este artículo se reunieron en Suchitoto, una emblemática ciudad colonial duramente castigada por la guerra, con un grupo de exguerrilleras (42,2 años de media) pertenecientes al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), que habían participado en la investigación que Patricia Silva había llevado a cabo para obtener su graduación en la Maestría en Psicología Comunitaria en la Universidad "José Simeón Cañas" (UCA-El Salvador). En su trabajo, Silva (2003a) utilizó una metodo-

logía mixta; aplicó, primero, varias escalas estandarizadas para evaluar el impacto de la guerra diez años después de la firma de los acuerdos de paz, y completó la recogida de información con entrevistas semiestructuradas a seis de las participantes. A lo largo de las entrevistas todas ellas mostraron el deseo, expresado a veces como auténtica necesidad, de compartir sus experiencias con personas que habían vivido desde dentro la guerra y lo habían hecho además desde el mismo bando político.

Este... a pesar de que en algún momento haya tenido algunas crisis, ¿verdad?... Pero un espacio así para sacar todo lo que una puede tener... guardado dentro, yo creo que... yo no lo he tenido, y me imagino que muchas mujeres tampoco lo han tenido. (M5TGM-Silva, 2003b, p. 136)<sup>1</sup>.

Yo creo que hay muchos factores. Quizá un cúmulo de cosas de años en que una no ha podido, o hay muchas cosas que se las tiene que aguantar una sola, ¡y bueno! Yo creo que eso ha venido, llega el momento en que explota, verdad. ¡Pues sí! Porque a veces hay momentos en que uno quiere hablar, quiere contar, quiere decir algo. A veces, por falta de confianza, por falta ..., por una serie de cosas no hallás con quien hacerlo... A veces dicen que... que quizá al marido se le consultan cosas... y si yo no lo tengo allí para consultarlo... me aguanto (M5TGM-Silva, 2003b, p. 130).

Ese fue, pues, el origen del encuentro celebrado en Suchitoto. A su llamada respondieron 22 de las mujeres que habían participado en el estudio de Silva (2003a). El objetivo que nos planteamos pasaba, en un primer momento, por invitar a cada una de las participantes a compartir sus recuerdos y experiencias siguiendo, en parte, el guión utilizado

en las seis entrevistas incluidas en el trabajo de graduación: a) incorporación al FMLN; b) discriminación y violencia contra la mujer al interior del FMLN; c) tareas, actividades y responsabilidades durante la guerra; d) la vida en el momento actual: vida familiar, estatus laboral, posición dentro de la comunidad, del partido, etc. Con el consentimiento de las 22 mujeres que respondieron a la convocatoria, la sesión fue grabada en su integridad a fin de transcribirla y proceder al análisis de lo que podría ser considerado como una suerte de narrativa grupal, la metodología que consideramos más apropiada para la evaluación de la memoria traumática cuando están de por medio experiencias emocionales cuya intensidad y riqueza queda muy diluida en la respuesta a cualquiera de las técnicas tradicionales (cuestionarios o escalas estandarizadas).

Confiábamos en la capacidad sanadora del grupo. Lo hacíamos a partir de la bien consolidada tradición de los “National Training Laboratories” (NTL) inspirados en la teoría grupal de Kurt Lewin y, sobre todo, en la tradición latinoamericana del “grupo operativo” como herramienta de acompañamiento psicosocial que moviliza los recursos personales a fin de superar la pasividad y la resignación (Bauleo, 1975; Pichón-Rivière, 1975). La fuerza reparadora del grupo reside en la presencia de un clima que fomenta el intercambio abierto y franco de información, genera confianza entre las participantes, crea una atmósfera en la que se aprende a dar y a recibir, posibilita el contacto sin intermediarios cognitivos (estereotipos) y emocionales (prejuicios), activa el altruismo, tolera la descarga emocional, permite la expresión de los sentimientos y sirve de ayuda y de guía para retomar el proyecto de vida. Todo ello lo hace el grupo a partir de la implicación emocional de las personas que lo conforman y desde el soporte afectivo que conlleva toda relación interpersonal (Bauleo, 1975, p. 64).

A la espera de la transcripción de lo acontecido durante aquella sesión, que se prolongó durante toda la mañana del primero de abril de 2003, elaboramos un borrador que sirviera

.....  
1 A fin de salvaguardar el anonimato de las participantes, a lo largo del artículo utilizaremos la siguiente nomenclatura: M (mujer), número de entrevistada, TGM (trabajo graduación Maestría).

como soporte teórico al que pretendía ser un proyecto sobre la memoria dolorida, pero, por razones que no vienen al caso, la grabación de aquella sesión se perdió, y el documento escrito ha permanecido inédito durante veinte años. Ahora se quiere dar a conocer en el merecido y muy sentido homenaje a Mauricio Gaborit, quien, en calidad de jefe del Departamento de Psicología de la UCA, era también el director de la Maestría. La única novedad en este artículo es el último epígrafe (“Elogio de la amistad”), expresamente escrito por Amalio Blanco para la ocasión que nos convoca este número monográfico.

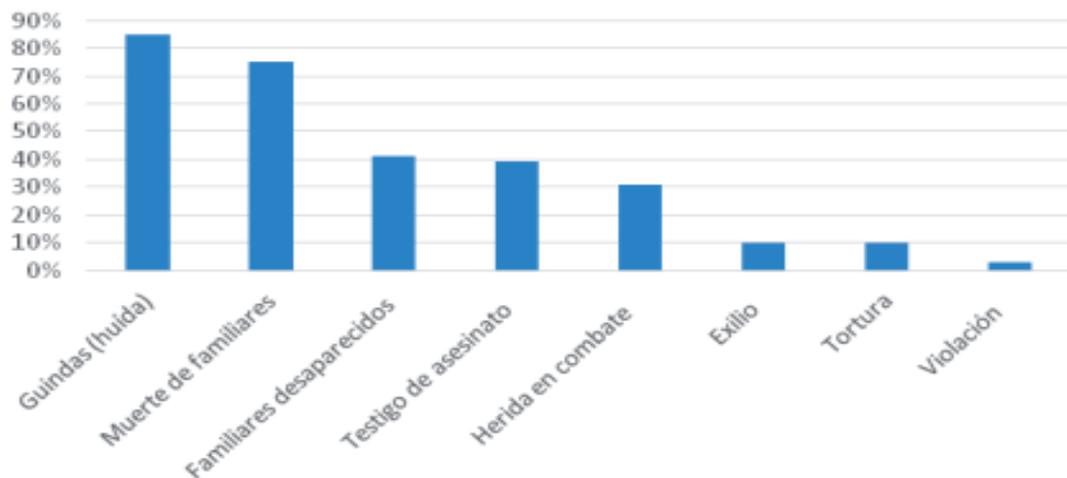
### 1. El oscuro reverso de la guerra: el trauma psicosocial

El objetivo de la tesis de Patricia Silva era “conocer cómo las mujeres que participaron, militaron o estuvieron vinculadas directamente al FMLN están viviendo sus vidas una década después del fin de la guerra; cuáles son sus niveles de empoderamiento, participación y resiliencia, visto todo ello desde una perspec-

tiva de género” (Silva, 2003a, p. 7). Para ello se sirvió de la aplicación a las 61 participantes en su estudio de un cuestionario individual general (variables sociodemográficas, vida familiar y laboral, aspectos relacionados con la guerra y el FMLN, aspectos organizativos), una escala de bienestar general, un cuestionario sobre el trastorno por estrés postraumático, y la ya comentada entrevista semiestructurada a seis de las participantes. La entrevista abarcaba los siguientes campos: a) el pasado (infancia, vida antes de la guerra, incorporación al FMLN, inicio de la guerra, tareas y responsabilidades en el FMLN, maternidad, discriminación y violencia contra la mujer en el FMLN); b) el periodo después de la guerra; c) el presente (un día en su vida, posición dentro de la casa, posición en el trabajo, en la comunidad, en el partido); d) recursos y estrategias de afrontamiento (redes de apoyo), y e) proyecciones y recomendaciones de las participantes.

Los datos más relevantes de la aplicación de las distintas escalas quedan resumidos la siguiente Tabla.

**Figura 1**  
**Exposición a eventos traumáticos**  
**Porcentaje de participantes que lo sufrieron**



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Silva (2003a, pp. 42 y ss.)

Todos estos hechos se corresponden de manera muy cabal con los criterios diagnósticos que el DSM-IV define para el TEPT: las mujeres que participaron en el estudio se vieron envueltas en acontecimientos que representaron un peligro real para su vida o una seria amenaza para su integridad física, fueron testigos de sucesos con resultado de muerte o que representaron un peligro para la vida de otras personas, y tuvieron conocimiento, a través de personas cercanas, de acontecimientos que implicaron muerte, peligro de muerte, o heridas graves (American Psychiatric Association, 1995, p. 518). Una de las mujeres entrevistadas habla con gran propiedad del “punto de dolor” que todas ellas vienen arrastrando desde la guerra:

Entonces, eso, cada una tenemos nuestro punto que no resolvemos... En una fue la tortura, en otra fue un hermano que murió y perdió, en otra es una relación violenta de pareja, o sea, todas tenemos ese punto. El punto de dolor. Algunas tenemos uno o más puntos, en otra ha habido una violación. Hay cosas a veces que uno no puede elaborar tan rápido. Y lo bonito es que en ese proceso podés crecer (M6TGM-Silva, 2003b, p. 168).

La exposición a cada uno de estos eventos estresantes, causados todos ellos de manera intencional por la mano del ser humano con el propósito expreso de causar daño, ha pasado a formar parte de la memoria dolorida de este grupo de mujeres. En relación con las experiencias dolorosas y traumáticas, concluye Silva (2003a, p. 92), “la mayor parte se relacionan con la muerte de seres queridos y, en muchos casos, con los duelos no resueltos relacionados con esas muertes o separaciones”. Valgan, a modo de ejemplo, los siguientes:

Y es que... yo hablé muchas veces con gente que estuvo detenida... gente que... (*silencio de seis segundos*) ... que vivió la tortura. Hasta recibí un curso de los cubanos cómo ..., de cómo enfrentar la ... la ... tortura y eso (*silencio de cinco segundos*) ...Y yo decía que las personas

que te torturan no pueden llamarse personas...Y además, cuando te lo cuentan los demás, vos por tener empatía o...no sé. Vos creés entenderlo, creés saber, creés...muchas cosas. Sin embargo, cuando lo vivís...te das cuenta que ningún relato... ninguna información que te den se compara con lo que te toca pasar (M3TGM-Silva, 2003b, p. 64).

Entonces fueron ejecutados, allí, veá, en el frente... Pero sí, también estuve en, en bombardeos y en enfrentamientos con el ejército, pero allí sí no vi muertes. Las muertes las vi ya más, digamos, o más que muertos fueron heridos, ya fue para la ofensiva [de 1989], que nos tocó trasladar la gente herida y todo eso (M6TGM-Silva, 2003b, p. 146).

Nooo... quizá la primera cosa fue cuando mataron a mis dos hermanos, ver cómo los mataban... Pero la otra situación fue cuando mataron a mi compa (M2TGM-Silva, 2003b, p. 50).

Todo ello aconteció dentro de un escenario bélico, uno de los escenarios en los que, según el DSM-IV, se puede originar un TEPT. Pero la guerra civil, probablemente el exponente más desgarrador de la violencia, es ante todo un hecho estrechamente ligado a una realidad histórica, a un contexto social que la hace posible (contexto posibilitador) y a una ideología que la considera necesaria y hasta beneficiosa (fondo ideológico) (Martín-Baró, 1983, pp. 359 y ss.). En consecuencia, es necesario, primero, indagar sus raíces (las condiciones histórico-sociales traumáticas: la situación pretraumática); tener en cuenta, en segundo lugar, su naturaleza colectiva y, finalmente, tomar en consideración la herida social que va dejando a su paso (polarización, socavamiento de las relaciones sociales, deterioro de la convivencia social, devaluación de la vida, aprendizaje de la violencia, etc.). Estas son las razones que alentaron a Martín-Baró a reexaminar el concepto de trauma psíquico para, en el caso

de los daños causados por la guerra, hablar también de un trauma psicosocial:

[...] desde nuestra perspectiva, creemos que la mejor manera de comprender el trauma psicosocial que experimentan hoy los habitantes de El Salvador es concebirlo como la cristalización o materialización en las personas de las relaciones sociales de guerra que se viven en el país (Martín-Baró, 1988, p. 138).

Unas relaciones, dirá en otro momento, aberrantes y deshumanizadoras, que ahondan sus raíces en una estructura social injusta caracterizada por una “radical división entre una minoría nadando en la abundancia y en el lujo, y una inmensa mayoría sumida en una espantosa miseria” (Martín-Baró, 1981, p. 326). Tras el concepto de trauma y de trastorno propuesto por el DSM-III, concluye Martín-Baró se encuentra un modelo de sujeto biomédico, aislado de su medio histórico y social, que desatiende la elemental premisa de que “no se puede separar la salud mental del orden social” (Martín-Baró, 1984, p. 513). A esta crítica se une, entre otros, Carlos Martín-Beristain, buen conocedor de la realidad dolorida de América Latina:

[...]el enfoque centrado en el TEPT, como otros enfoques basados en modelos médicos individualistas, corren el riesgo de convertirse en una etiqueta en lugar de ayudar a comprender la experiencia de la gente y las condiciones en las que pide o necesita ayuda (Martín-Beristain, 1999, p. 89).

En línea con las premisas teóricas de Martín-Baró, esa experiencia no se limita a las secuelas de los eventos traumáticos que vivieron en primera persona (ver Figura 1). Las excombatientes del FMLN tuvieron que enfrentarse además a

[...]la destrucción de sus casas, comunidades y base material; la destrucción y desintegración de su red familiar, no solo con desapariciones y muertes, sino quedando como huérfanas funcionales o perdiendo pareja e hijos con la

incorporación de estos al frente, la pérdida de seguridad y huida viviendo en situación similar a la de los animales de presa.

Todo ello se ha cobrado un fuerte peaje en su salud física y mental (Silva, 2003a, p. 85), que no es sino el reflejo hacia el interior de condiciones y circunstancias externas, el sedimento que deja en las personas “el carácter humanizador o alienante de un entramado de relaciones sociales”, una reacción “normal” a una situación “anormal”, rasgos todos ellos característicos del trauma psicosocial (Martín-Baró, 1984, p. 505).

Dentro de la amplia gama de manifestaciones del trauma psicosocial, las mujeres entrevistadas hicieron hincapié en la desgarradora ruptura de lazos emocionales y vínculos afectivos de una trascendencia psicológica contrastada:

Yo tenía un hijo, que ahora tiene catorce años... Yo lo vi después de la... Yo lo dejé de siete días. Me lo encontré después de que salimos de las movilizaciones. Ahí pasó una cosa antes... que no, no, no quiero contarlo porque me duele mucho, pero... ¡él no me conocía! Realmente, él no me conocía (M4TGM) (Silva, 2003b, p. 66).

No estuve muy cerca de ellos [de sus hijos mayores]... fue otra la cosa que también este... ellos como que se sienten, como yo no los quería, el hecho de dejarlos en una guardería mientras yo andaba en la guerra, eso es lo que más a dos de ellos les perjudica (M3TGM-Silva, 2003b, p. 43).

[La guerra] hizo que nos distanciáramos. A tal grado que mi hermano mayor, sí digamos que fue como desconocernos, ¿verdad?, uno, por cuestiones de seguridad, y otro, porque no lo lograba entender... lo que habíamos hecho... y el daño que para él estábamos causando a mi mamá. Entonces, él, eso para él era como imperdonable, pues. Hacerla sufrir y, y... que

como que éramos inconscientes de ese dolor.... Sino que fue hasta que terminó la guerra que logramos como reconstruir otra vez esas relaciones, ¿verdad? Pero sí hubo un tiempo que las cortamos (M6TGM-Silva, 2003b, p. 143).

Cualquier taxonomía de las experiencias traumáticas, dice Richard Mollica, director del Harvard Program in Refugee Trauma, debe incluir no solo a las personas afectadas, sino que debe prestar atención también al impacto sobre su entorno más cercano: la familia a la que pertenecen y la comunidad de la que forman parte (Mollica, 1999, p. 47). Su experiencia y sus trabajos sobre historias traumáticas de mujeres camboyanas bajo el régimen de los Jemerer Rojos le han permitido desglosar fenomenológicamente el trauma en los cuatro siguientes componentes: a) explicación real de los hechos; b) significado cultural; c) mirando detrás de la cortina, y d) la relación oyente-narrador. Cada una de las memorias del dolor lleva impresa estas cuatro historias cuyo marco de referencia no queda anclado en el interior del sujeto traumatizado, sino que se prolonga hacia sus redes sociales de apoyo, sus roles, sus relaciones de poder, sus costumbres y tradiciones culturales, su sistema de valores. En una palabra: el trauma tiene muchas voces que se complementan, se apoyan, se silencian, se interrumpen unas a otras en el caso de los traumas colectivos.

En el caso que nos ocupa (las seis entrevistas ya comentadas, así como el recuerdo de los testimonios ofrecidos en la reunión de Suchitoto), las voces de esas mujeres guardan una estrecha correspondencia con una de las líneas de investigación sobre la memoria autobiográfica del trauma, aquella que sostiene que los eventos cargados de emociones negativas suscitan recuerdos más estables, duraderos, precisos y detallados que los acontecimientos rutinarios (ver, por ejemplo, van der Kolk, 2002; van der Kolk y van der Hart, 1991), como si quedaran grabados a sangre y fuego en la memoria de las víctimas. Pero la coincidencia de los recuerdos traumáticos de las combatientes del FMLN con la línea

de Bessel van der Kolk tiene un lado oscuro: esos recuerdos tan vívidos y detallados se dan de manera preferente en víctimas que han desarrollado un TEPT. En la investigación realizada por estos dos autores con soldados que habían participado en la II Guerra Mundial, aquellos que no habían desarrollado un TEPT el recuerdo del horror bélico había acabado por diluirse; en cambio, quienes sufrían un TETP mantenían esencialmente intactos sus recuerdos; éstos se hacían presentes en forma de pesadillas (*flashbacks*) e imágenes intrusivas cuarenta y cinco años después de terminada la guerra (van der Kolk, 2002, p. 37). No recordaban los eventos, sino que los revivían (“reliving, not remembering”, son los términos empleados por van der Kolk). Eso parece provocar mejoras en el recuerdo explícito debido a los altos niveles de estrés y emocionalidad asociados a ese tipo de experiencias (Porter y Birt, 2001). De ello hay pruebas en la práctica totalidad de las entrevistadas. Valgan los dos siguientes como muestra:

Pues entonces, cuando mi hermano pasó para allá ya tenían agarrado a mi hermano mayor. Cuando agarraron a los dos los amarraron juntos y los llevaron a otro lugar así, que había otro zanjón que allí estaban un montón de palos de mango y en el invierno pasaba una quebrada allí, nacía agua, entonces por eso se había hecho el zanjón así, y allí tenían a otro muchacho...A los tres los ametrallaron (M2TGM) (Silva, 2003b, p. 25).

Vivíamos en un lugar que le decían Rosario Perico, allí estaba la concentración ya de compañeros... pero ya mi compañero estaba en los campamentos el hermano de él... Él estaba en la casa, cuando sentimos a las cinco de la mañana nos cayeron, burlaron la posta y nadie sintió. Entonces, esa vez mataron a nueve compañeros... Entonces llegué a mi casa y todavía mi mamá estaba en la casa y la *bicha* menor, esa ya estaba más quemada... Entonces llegué y les dije: ¡váyanse. ¡Vienen los soldados! (M2TGM-Silva, 2003b, p. 24).

Primo Levi alude en uno de los libros de su trilogía sobre Auschwitz al dolor imborrable de la ofensa. Algo parecido encontramos en muchas de las mujeres que participaron en el estudio de Patricia Silva: el dolor sigue presente. Han aprendido a convivir con él, se atempera, pero será un fiel compañero para el resto de sus días. “Las duras experiencias de la guerra están marcando aún su presente, de tal manera que cuatro de ellas han necesitado atención médica y psicológica. Reconocen tener duelos no resueltos, admiten haber no haber hablado o no haber llorado lo suficiente” (Silva, 2003a, p. 92).

A vivir y a soportarlo, pues. Vedá entonces. Vaya con lo de mi compañero, al igual, yo decía: no soy la única que ha quedado sin su compañero... ha habido mujeres que han quedado más jodidas que yo. Y, y, y bueno, ¿por qué yo no puedo sobrevivir o aguantar esto? O sea, que yo siempre sentía que tenía un, un, un porqué aguantar y seguir adelante... Siquiera un pedazo hubiera quedado para lidiar yo con él, pero, la suerte de él fue morir del todo. Y entonces no pude lidiar con él (M3TGM-Silva, 2003b, p. 51).

Mirá, me dicen, yo empecé en un proceso terapéutico y pasé llorando un año y no terminaba, y yo decía, ¿cuándo putas voy a dejar de llorar? Me decía la *chera* esas situaciones pasan, se van resolviendo, pero hay que sacarlas... Los hechos que te han pasado y los hechos que has vivido, o sea, una guerra, cosas bien duras en el pasado, y no le pasaron a Juan o Pedro, te pasaron a vos, te pasaron a vos. Fue como un cataclismo social, como un terremoto social, alguna cosa así de grande (M6TGM-Silva, 2003b, p. 168).

Y el médico me puso un tratamiento. Estuve pasando allí unas consultas .. con un psicólogo... porque también, o sea... yo sabía que todo eso no era normal en mí [...] (M5TGM-Silva, 2003b, p. 130).

El dolor causado por eventos traumáticos te acerca a la orfandad, altera creencias fundamentales que sirven para andar por la vida con seguridad y confianza: la creencia en la benevolencia del mundo y en la bondad de las personas, la convicción de que el mundo en el que vivimos está regido por la lógica y la razón, y la confianza en las capacidades y competencias de la propia persona, en el valor del “yo” (Janoff-Bulman, 1992). Cuando todo eso queda arrasado, nos asomamos al vacío, a un abismo en el que apenas tienen cabida los grandes indicadores de la salud y del bienestar, o, dicho de manera más apropiada, indicadores de la salud entendida como un estado de bienestar más que como ausencia de trastorno, recordando la premisa con la que echó a andar en 1946 la Organización Mundial de la Salud.

La nuestra es, pues, una preocupación con nombres y apellidos, el de aquellas personas para quienes la guerra sigue marcando el ritmo de sus días y el de sus noches atravesadas de recuerdos sombríos que acuden una y otra vez de manera recurrente e intrusiva a su mente, un aspecto especialmente nocivo desde el punto de vista psicológico:

Eso sí, te voy a decir que he tenido... Y eso me pasó el año pasado, yo tuve una crisis de estrés terrible. Así, de esas cosas en que... de las cosas que poco hago para estar chillando.... Llegó un momento en que a mí me explotó, y tuve una crisis de llorazón... Y estaba con dolores de cabeza, tenía insomnio... Entonces, ...yo creo que todo ese insomnio que tenía, todo ese ... tipo de cosas que tenía hizo que una tontera a mí me explotó con esa... con esa crisis, pues, de llanto (M5TGM-Silva, 2003b, p. 129).

O sea, vos decís. itrece años!... Es mucho. Sin embargo, todas esas veces que te despertás en la noche... y que... volvés a revivir eso y... no solo el hecho mismo de lo que vos viviste..., sino de lo que te tocó vivir con los demás [...] (M3TGM-Silva, 2003b, p. 64).

A los Comte, Tönnies, Marx, Durkheim, etc., les espantó la huella sombría que el progreso iba tejiendo en torno a la vida y la existencia de las personas. Ahora nos espanta el oscuro reverso de la guerra, un acontecimiento que si algo deja tras de sí son precisamente sombras. Nuestro objetivo es precisamente adentrarnos en ellas, sacarlas a la luz, seguir sus huellas y acompañar a las víctimas hasta encontrar algo de claridad. Pero en el caso que nos ocupa, para llegar a ella es imprescindible pasar por las sombras y tratar de ahuyentarlas, pasar por el recuerdo inevitable del trauma, no para quedarse atrapado y paralizado en él, sino para vislumbrar alguno de los indicadores del bienestar siguiendo para ello, como no podría ser de otra manera, el camino marcado por la investigación: esa es la filosofía sobre la que se estaría apoyando este proyecto sobre la memoria del dolor. Un dolor que, a la postre, afecta a un amplio colectivo de personas, bien que no de la misma manera ni con la misma intensidad a todas ellas: no podemos negar el enraizamiento personal de las experiencias traumáticas, había advertido Martín-Baró (1984) y caer en un reduccionismo social. Las vivencias que nos interesan son aquellas que han causado una herida que sigue presente en la vida de quienes todavía no han podido superar las consecuencias de la guerra. Nuestro interés se centra en el dolor de las víctimas. Éstas, dice Jon Sobrino, nos sitúan frente a dos severas tesituras: frente a una “voluntad de verdad”, que nace en estrecho contacto con la realidad, y frente a la “ultimidad de lo humano”. Pero las víctimas, añade este reconocido teólogo, nos exigen una actuación:

La barbarie y el terrorismo nos cuestionan sobre lo que es último para los seres humanos, y nos interpelan, sin posible escapatoria, a dar una respuesta. Y la reacción ‘última’ es la compasión hacia ellas, con-sufrir con ellas y vivir y desvivirse por eliminar su sufrimiento (Sobrino, 2003, p. 181).

Entender y eliminar su sufrimiento, entenderlo para eliminarlo. No están alejados estos

términos, y sobre todo lo que tras ellos se encierra y lo que con ellos se pretende desde la intervención: concebir y utilizar la psicología como un instrumento al servicio del bienestar humano, había dicho George Miller en una histórica alocución presidencial en la convención de la “American Psychological Association” (Miller 1969).

Ese objetivo (un digno nivel de bienestar subjetivo, psicológico y social, si seguimos la senda marcada por las tres grandes tradiciones al respecto), resulta iluso cuando desde las instancias políticas se intenta acallar los ecos del daño. El pasado está superado, argumentan desde un profundo desinterés por las personas que todavía siguen atadas a recuerdos sombríos, a miedos inconfesables. El ejemplo más evidente es la aprobación de la Ley de Amnistía de manera prácticamente inmediata a la firma de los acuerdos de paz en 1992. “El discurso oficial pide pasar la página de la historia para reconstruir la sociedad. De esta manera, se trata de reconstruir sobre el olvido forzado”, sobre la omisión selectiva de los acontecimientos, o lo que es peor, sobre la culpabilización de las propias víctimas (Gaborit, 2002, p. 1026). Por fortuna, la memoria no obedece órdenes políticas. Bien lo saben todavía las víctimas de la guerra civil española (1936-1939). Valga tan solo un ejemplo. Dulce Chacón, que ha novelado la tragedia de las mujeres que perdieron la guerra a partir de numerosas entrevistas y conversaciones con algunas de ellas, lo dice con una claridad que bien merece la pena recordar:

Cuando empecé a documentarme para mi nueva novela visité a una mujer que me pidió que no mencionara su nombre ni el nombre de su pueblo. Me habló en voz baja. Miró con desconfianza la grabadora que puse sobre la mesa y, aunque me dio permiso para usarla, bajó aún más la voz y me rogó que cerrara la ventana. Era el mes de agosto del año 2000. Hacía calor. Pero yo cerré la ventana. Aquella anciana de 82 años aún temía que la vecindad recordara su historia. El eco del miedo. Y una voz que requiere un ambiente clandestino para

contar las vejaciones sufridas a causa de una sonrisa (Chacón, 2002, p. 46)

Es bien sabido que las secuelas de un acontecimiento tan devastador, al que se han ido sumando algunos otros no menos letales, como el huracán Mitch (Gaborit, 1999) o los terremotos que sacudieron las entrañas y dejaron al descubierto los endeblecimientos políticos y económicos del país a comienzos de 2001 (Yáñez, 2002; Sobrino, 2003), no disponen de ningún plazo de caducidad. Más bien todo lo contrario: el devenir político de El Salvador a lo largo de la práctica totalidad del pasado siglo está marcado por una violencia tan generalizada como extrema ejercida para seguir manteniendo un estatus quo aupado en una lacerante explotación económica y una dolorosa represión política. Desde los acontecimientos de diciembre de 1932, grabados desde entonces en la memoria de los salvadoreños y salvadoreñas, las catástrofes han sido ampliamente compartidas, se han introducido en las mismas entrañas de la vida social y han tenido siempre un componente colectivo que demanda un concepto de trauma cuyos síntomas no queden reducidos a lo que acontece en el interior de las personas (temor, desesperanza, reexperimentación, evitación, activación, en los términos comúnmente consensuados desde el DSM-IV), sino que amplíe su mirada hacia la dimensión interpersonal, intergrupala y social que lleva impresa. En el caso de El Salvador, la catástrofe más desgarradora del pasado siglo ha sido el estallido de una guerra civil que ha acabado por definir e impregnar la vida social. La guerra, había dicho Martín-Baró (1983, p. 360), “es la realidad más totalizadora en la vida actual de El Salvador”

[...] fenómeno más englobante de la realidad de un país, el proceso dominante al que tienen que supeditarse todos los demás procesos sociales, económicos, políticos y culturales y, que, de manera directa o indirecta, afecta a todos los miembros de una sociedad (Martín-Baró, 1988, p. 129).

## 2. Trauma y memoria

El recuerdo dolorido de la guerra se adentra en los pliegues más escondidos del autoconcepto. La memoria y el “yo”, dijeron en su momento dos de los autores más reconocidos en el campo de la cognición social (Greenwald y Banaji, 1989), son las caras de una misma moneda, de tal manera que, a la postre, resulta muy difícil trazar una línea divisoria entre ambos. Al ser el “yo” una estructura de conocimiento decisiva en los contenidos de nuestra mente, cuando los relatos presentes en nuestra memoria autobiográfica (la que guarda y conserva la información relativa a los eventos de nuestro pasado y las experiencias y vivencias personales que los acompañan) están cercados por las sombras, la imagen del “yo” queda resentida: cuatro de las seis entrevistadas habían necesitado atención médica y psicológica y todas reconocían tener duelos no resueltos al tiempo que mostraban la necesidad de hablar sobre lo sucedido. Al mismo tiempo,

Se expresa igualmente la utilización de mecanismos de defensa como la negación de los hechos y la resistencia a hablar de los mismos a pesar de que estos han sucedido hace más de una década. La fragilidad para el llanto genera mucha angustia en las participantes, así como el temor a que algún hecho, desde su perspectiva *irrelevante*, desencadene las crisis (Silva, 2003a, p. 92).

La pervivencia del trauma nos conduce de inmediato a la memoria autobiográfica, al calvario de la memoria autobiográfica, sería más apropiado decir, hasta el punto de que reconocidos especialistas en psicología clínica afirman que, en sentido estricto, el TEPT sería un trastorno de la memoria (McNally, 1998), ya que las pruebas y los datos sobre la experiencia traumática proceden de la huella que ésta haya dejado en la memoria autobiográfica de la víctima. Cuando esta experiencia ha marcado la vida de un amplio número de personas, nos encontramos cara a cara con la memoria

colectiva, con una memoria, es necesario recordar, que, cuando viene cargada de intensas emociones, provoca recuerdos especialmente precisos y duraderos: “los sucesos que representan o producen cambios significativos a largo plazo en las vidas de las personas, llevarán a memorias colectivas más duraderas” (Pennebaker y Crow, 2000, p. 253), y cuando se intenta ocultarlos, añaden ambos autores, se produce el efecto contrario: las memorias colectivas asociadas al evento silenciado o reprimido se consolidan.

La memoria, pues, como necesidad narrativa de aquellos eventos que han dejado una huella indeleble en la vida de las personas: la necesidad de socializar el dolor como parte de su proceso de sanación, sobre todo cuando ese dolor ha sido causado por acciones humanas cuyo objetivo es la destrucción de quien se considera enemigo. En su conocida y celebrada monografía, *Masa y poder*, Elías Canetti, lo describe con un crudo realismo: “en las guerras se trata de matar... Se trata de matar por *montones*. Hay que acabar con la mayor cantidad posible de enemigos; la peligrosa masa de adversarios vivos ha de convertirse en un montón de muertos” (Canetti, 1983, p. 63. *Cursiva en el original*). Eso es lo que sucede en las guerras; dado ese desbocado afán de exterminio, su impacto, y eventualmente el trastorno que pudiera generar, “puede llegar a ser especialmente grave” (American Psychiatric Association, 1995, p. 519). Así lo confirma Martín Beristain (1999, p. 30) a raíz de sus investigaciones en el escenario latinoamericano: “los supervivientes de masacres presentaban más tristeza, duelo intenso, desesperanza y sentimiento de injusticia, además de efectos colectivos como desplazamiento y ruptura de la comunidad”. En el transcurso de las entrevistas, por ejemplo, y sin ninguna excepción, “fueron incontables las veces que las entrevistadas rompieron en llanto. Todas ellas reconocen la necesidad de darle un tratamiento a esta situación, y, de hecho, ya algunas lo han hecho” (Silva, 2003a, p. 93). En muchos casos el llanto se desborda a partir del recuerdo de quienes se quedaron en el camino durante

la guerra (hermanas, hermanos, parejas, compañeras y compañeros, etc.); en otros, lo acabamos de ver en el epígrafe anterior, una de ellas confiesa haber sufrido una “crisis de *llorazón*”. A una de las entrevistadas no le gustan las entrevistas “porque no me gusta llorar tampoco, pero sí, a veces hay cosas que, aunque una no quiera, se le aflojan” (M2TGM-Silva, 2003b, p. 55).

El evento que convocó a aquel grupo de mujeres en Suchitoto se enmarca en un contexto que permite hablar de la memoria dolorida como un acontecimiento social desde varios frentes: por sus orígenes, por la necesidad de compartir las experiencias y vivencias a que ha dado lugar, y por la herida social que ocasiona. Memorias compartidas de eventos sociales, o recuerdos personales sobre hechos colectivos, como es una guerra, que necesitan ser puestas en común para abrir caminos a la esperanza: ese fue un punto común en las mujeres entrevistadas en la tesis de Maestría y así lo pudimos comprobar de primera mano en la reunión de Suchitoto: la necesidad de generar un espacio para abordar el daño persistente causado por la guerra:

Quizá la única inquietud que tendría... Si de, si de esto vos un día podrías... no sé... hay tantas mujeres que necesitan atención... atención psicológica... y... quizá yo creo que esas son de las cosas que no se hacen, y si se hacen es bien poco y... o son cosas así a veces una atención puntual, y hay casos en los que se necesita después de un tratamiento hay que darle un seguimiento a ver cómo es que la persona evoluciona [...] (M5TGM-Silva, 2003b, p. 140).

A lo largo de las entrevistas se constató la dificultad para hablar de sus experiencias porque con ello se removían recuerdos de gran intensidad emocional, pero a continuación planteaban “la posibilidad de trabajar con otras mujeres para abordar problemas generados por la guerra u otras situaciones”, señalaron la posibilidad de escribir y dar a conocer sus propias experiencias “como una

forma de rescate de la memoria”, y recalcan “la necesidad de reivindicar el aporte de la mujer a los procesos de cambio en el ámbito municipal y nacional” (Silva, 2003a, p. 81). Valga como ejemplo el siguiente testimonio:

Si vos me preguntás por cualquier cosa, para mi resulta fácil, pero ya contestar hablando desde mi calidad de mujer y desde lo que soy, me cuesta... Entonces, un poco complicado; entonces creo que sí, vale la pena que nos demos un chance de hablar de nosotras mismas y de aportar. ¡Ojalá te sirva a vos y le sirva a un montón de gente! (M3TGM-Silva, 2003b, p. 81).

Ese era un sentir compartido por las entrevistadas; así, al menos, se refleja en el documento final del trabajo de tesis: “las participantes plantean la posibilidad de trabajar en el área de salud mental con otras mujeres” sobre problemas de antes y de ahora, y apuntan a “la necesidad de escribir y publicar sobre las propias experiencias como una forma de recuperar y educar desde la memoria” (Silva, 2003a, p. 96). En una palabra,

No, yo creo que sí..., yo creo que sí, o sea que eso, eso es lo que, o sea, no ha habido el espacio... ¿verdá? para llorar o para reír, o sea... siempre ha habido una preocupación y que al final esas cosas también te... te permiten, ¿verdá? diluir, o distraerse de, de aquellas cosas que una siente que a una le duelen, ¿verdá? (M5TGM-Silva, 2003b, p. 136).

En su libro *Lazos vitales*, Shelley Taylor dedica un atractivo capítulo a la amistad entre las mujeres, que está presidido por la premisa de que las mujeres buscan más amigas íntimas que los hombres y que, como en el caso que nos ocupa, estos lazos “adquieren preeminencia cuando la vida se vuelve más difícil” (Taylor, 2002, p. 118). Esta última es la particularidad que más conviene a lo que nos traemos entre manos en este artículo debido a las siguientes razones: a) todo apunta a que las mujeres ofrecen más apoyo social que

los hombres y están dispuestas a aportarlo cuando es necesario hacerlo; b) en momentos de estrés, las mujeres eligen con frecuencia estar en compañía de otras mujeres, y además recurren al apoyo social más que los hombres; c) los lazos entre mujeres se vuelven especialmente importantes en épocas de estrés; d) el vínculo emocional entre mujeres ha evidenciado su poder a la hora de superar las secuelas de los eventos estresantes de vida, incluidos aquellos que llevan consigo una fuerte carga emocional (ver Taylor, 2002, pp. 113-142), como el que sufrieron las mujeres que protagonizan este artículo. Y es que, como dejó escrito Ignacio Ellacuría, desde nuestros primeros pasos en la vida necesitamos “acudir a los otros en busca de socorro”, estamos necesitados de los demás, nos encontramos indigentemente vertidos a ellos, de tal manera que “por sentir la necesidad de socorro, el hombre está abierto a los otros sentientemente desde sus mismas estructuras biológicas” (Ellacuría, 1990, p. 211).

En consonancia con estos supuestos, quienes asistieron al encuentro de Suchitoto compartieron de manera abierta, altruista y solidaria sus experiencias pasadas y presentes y pusieron en práctica muchas de las cualidades que definen el poder sanador del grupo: clima de confianza al que colaboró el hecho de que muchas de ellas se conocían previamente por haber luchado en el mismo bando durante la guerra y compartían una ideología política; se ofrecieron de manera recíproca y altruista consejos, sugerencias, soluciones (el grupo es un escenario de aprendizaje y enriquecimiento cognitivo); el grupo fue un escenario de participación, de descarga emocional (catarsis), de convivencia, de empatía. Ciertamente, cada una de las participantes vivió, y vive, de manera particular el impacto de los sucesos a los que estuvo expuesta, pero, cuando se ponen en común, pronto empiezan a aparecer las semejanzas: todas se han convertido en víctimas debido a un compromiso político compartido, pero, además, los recuerdos intrusivos, las noches de insomnio plagadas de pesadillas, los problemas de salud, el recuerdo de los

caídos en combate, etc., son comunes a todas ellas. Cuenta Primo Levi que cuando estaba recluido en Auschwitz tenía siempre el mismo sueño: soñaba que regresaba, que volvía con su familia y les contaba lo que había vivido allí, pero nadie le escuchaba. La persona que tengo delante no me escucha, se da media vuelta y se marcha. En el campo les conté a mis amigos este sueño y me contestaron: a nosotros nos pasa lo mismo. “Más tarde lo vi citado exactamente igual por otros prisioneros que escribieron sus memorias. Se trata, entonces, de una situación típica” (Camon, 1995, p. 86), que aparece de manera preferente en situaciones en las que la exposición al evento traumático se vive en grupo, como sucede en una guerra; en este caso particular, el componente social ocupa un lugar prominente en la memoria: “la mayoría de los recuerdos tienen un componente social. Tanto los sucesos que son recordados como la manera en que hablamos de ellos con otras personas sugieren que pensamientos y sentimientos son compartidos” (Pennebaker y Basanick, 1997, p. 33). Muchos de los acontecimientos traumáticos de eventos con un fuerte componente social y político, como es la guerra, se conjugan en plural.

En un determinado momento de la entrevista, una de las mujeres habla de las personas cercanas que murieron durante la guerra:

Entonces por allí, eso ha sido una parte ... pues, sí, quizá de dolor, de ver para atrás, porque... somos pocos, pues, y pocas las que quedan (*se le quiebra la voz y llora. Siete segundos de silencio*) (M4TGM-Silva, 2003b, p. 83).

Y hablando de los momentos dolorosos de la vida, continúa:

[...] hoy estuve quebrada, me sacó a flote, dijéramos, todos los compañeros que estuvieron heridos. O sea, para mí (*carraspeo*) los compañeros que han caído, eso sí, eso sí siento que me mueve... especialmente la gente que yo quise. Quizá por eso (*llora suavemente*), porque como las quise y quisiera que estuvieran...

Entonces, me cuesta. Lo peor ha sido hoy con esto, que se me ha revivido eso... porque alguna otra cosa así, que me ha ... me, me, me hizo que anduviera así, llorando siempre... (Silva, 2003b, p. 101-102).

Y otra de las participantes reitera, una vez más, la dañina y reiterada intromisión de los recuerdos traumáticos, y al hacerlo conjuga también en plural una parte de su memoria:

[...] todas esas veces que te despertás en la noche... y que... y que volvéis a revivir eso y, no solo el hecho mismo de lo que vos viste..., sino de lo que te tocó vivir con los demás. Y de... y de que te enterás... de que las personas con las que compartiste ese proyecto de vida son personas, son humanas... (M3TGM-Silva, 2003b, p. 64).

Los testimonios que apoyan este supuesto central, el de que la memoria del dolor se conjuga en plural, son innumerables y vienen a corroborar una de las más sólidas y conocidas aproximaciones a la memoria colectiva, la de Maurice Halbwachs. Este discípulo aventajado de Durkheim establece a lo largo del segundo capítulo de su obra una serie de diferencias que conviene tener muy presente para los propósitos que perseguimos en nuestra investigación: a) la memoria colectiva es una corriente de pensamiento continuo, natural y ligada a la vida de un grupo, mientras que la historia es una corriente de pensamiento artificial que obedece a una esquematización de corte puramente didáctico; b) la memoria colectiva se sitúa dentro del grupo, mientras que la historia se ubica fuera de él; c) los límites de la memoria colectiva son lábiles e irregulares, los de la historia suelen estar claramente fijados; d) la memoria colectiva es amplia y diversa, mientras que la historia es mucho más monocorde; e) la memoria colectiva se sustenta sobre las tradiciones, mientras que la historia lo hace sobre los hechos y los sucesos; f) la memoria colectiva es el grupo visto desde dentro, la historia es el grupo visto desde fuera (Halbwachs, 1968). En su transcurso, la memoria de los sucesos recordada

en el seno del grupo supera la mera referencia a los hechos en sí (la historia) para centrarse en el significado que estos hechos han tenido en el transcurso de su vida personal y, sobre todo, en su mundo de relaciones interpersonales e intergrupales (Lira y Castillo, 1993, p. 113) que es uno de los indicadores del trauma psicosocial. Mauricio Gaborit abunda en esta misma idea: “cuando hacemos memoria, no solo hacemos referencia a unos hechos objetivos acontecidos en un pasado próximo o lejano, sino a la importancia que tienen en nuestro discurso en la actualidad” (Gaborit, 2002, p. 1028).

Pero la memoria que perseguimos no sólo busca el qué y el cómo de las cosas; también está interesada, y mucho, en los porqués. No en las razones de la memoria propiamente dicha, sino en las razones que dieron lugar a los hechos que la provocaron. No se trata, pues, de analizar solamente lo que hay, sino de sacar a la luz las razones que lo hicieron posible. Maurice Halbwachs lo aclaró de manera muy precisa: la memoria se convierte en un imperativo moral de idéntico tenor, no podía ser de otra manera, que el que rige para la ciencia social en general; la memoria cumple una función moral a la que la no puede ser ajena la psicología. Gaborit lo ha expresado en unos términos muy apropiados: “la recuperación de la memoria histórica facilita poder vivir en verdad y desde la verdad, y, en consecuencia, posibilita la salud mental de los individuos” (2002, p. 1025). Recientemente, Jon Sobrino, al analizar el terremoto de 2001, abunda en el tema de la verdad, que tanta algarabía provoca en la ciencia social actual a partir de la negación que de ella (de la verdad) se hace desde el posmodernismo. Desde la teología, Jon Sobrino reivindica la memoria de las víctimas para, a partir de la “honradez con lo real”, avanzar hacia la verdad (Sobrino, 2003). Ese es el imperativo moral atribuido a la memoria: llamar a las cosas por su nombre más allá de la corrección política, que tantas veces sirve para encubrir hechos que vulneran los más elementales derechos humanos y a las personas que los perpetran o los justifican.

Reducir la memoria a un puro ejercicio histórico, definir su naturaleza en términos de datos y fechas sin adentrarse en las razones que provocaron los sucesos, dejándose llevar por la narrativa oficial (la mentira institucionalizada, la denominaba Martín-Baró) y sin preguntarse por los valores y las creencias que están detrás de los argumentos que le sirve de apoyo, es el camino más seguro para situar al mismo nivel de legitimidad a víctimas y a verdugos. Es precisamente ese imperativo el que nos abre el camino para volver sobre unos pasos que en la actual tesitura científica aparecen llenos de dudas epistemológicas, de temores teóricos e incluso de ataques a determinadas estrategias metodológicas: aquellas que nos conducen a establecer una relación entre realidad, memoria y verdad.

No es este el momento de entrar en discusiones y polémicas sobre la existencia o no de una realidad externa e independiente del individuo, ni sobre la posibilidad de acceder directamente a ella. Valga por el momento la alusión a uno de los epígrafes del Informe REMHI, que tiene un título inequívoco: *De la verdad a la memoria*. Conviene reproducirlo en su totalidad para contrarrestar los cantos de sirena de una epistemología empeñada en reducir la verdad a la caprichosa interpretación que cada cual tenga a bien hacer de la realidad:

El conocimiento de la verdad es una parte consustancial del proyecto REMHI y de las motivaciones de la gente para dar su testimonio. En un contexto social en el que la denuncia fue criminalizada y las víctimas tuvieron que guardar silencio para no poner en peligro su vida, la necesidad de conocer la verdad y hacerla pública se ha mantenido latente en la memoria de la gente. Para las personas que dieron su testimonio, el reconocimiento de la verdad es el primer paso para la dignificación de las víctimas y sobrevivientes... La recolección de testimonios tiene un valor importante en la elaboración de una memoria colectiva que ayude a la gente a buscar un sentido a lo sucedido y a afirmar su dignidad: el recuerdo como forma

de reconocer que eso ocurrió, que fue injusto y que no se debe repetir (Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 1998, p. 133).

Queremos indagar la memoria del dolor como memoria colectiva, y lo queremos hacer, siguiendo la huella de Maurice Halbwachs, como la memoria que evoca un acontecimiento que ocupa, o ha ocupado en el pasado, “un lugar en la vida de nuestro grupo” y que lo hacemos presente en el momento que lo recordamos como grupo. Tenemos derecho, añade Halbwachs (1968, p. 15), a pedir que se nos conceda la posibilidad de recordar en grupo y “desde el punto de vista grupal” a fin de reconstruir el pasado desde el punto de vista de ese grupo. La reconstrucción del pasado busca las razones del trauma, indaga el porqué de la catástrofe colectiva que es la guerra, quiere señalar a sus responsables, y ofrecer cuantos datos sean precisos sobre sus secuelas. Lejos de lo que suponen los críticos de la memoria colectiva, la mirada al pasado tiene un estricto carácter normativo, el de indagar las razones y el contexto en el que se ubicó la guerra civil, el de señalar a sus protagonistas, el de desvelar las razones que impulsaron a cada uno de los bandos, y el de señalar a los autores del terror y la infamia. Por lo que respecta al presente, nuestro marco de referencia ya ha quedado suficientemente clarificado: la nuestra es una preocupación que tiene nombres y apellidos y está centrada en la búsqueda de las vías para colaborar en el bienestar físico, social y psicológico de aquellas personas que todavía sufren las secuelas de la guerra. La memoria es un deber social, una obligación cívica y moral que está muy alejada de esas interesadas acusaciones que la vinculan con la revancha y con el conflicto. No es una amenaza, salvo para quien deba sentirse amenazado por haber violado algunos de los derechos fundamentales de la persona.

No es el contenido (la naturaleza del estímulo) lo que concede a la memoria su naturaleza colectiva, sino: a) el ser compartido por una colectividad; b) su posible influencia sobre

el sistema de creencias o actitudes sociales; c) su concreción en actos, ritos, monumentos o tradiciones conmemorativas que sirvan de excusa para la participación, el intercambio y la relación en el seno de las comunidades, y d) su carácter normativo: que sirva de ejemplo y no renuncie a su dimensión moral. Tenemos que volver, una vez más, al Informe REMHI a cuyo epígrafe *Devolución de la memoria* no le sobra ni una coma:

El Estado debe facilitar la devolución de la memoria a las comunidades y grupos afectados... Además de su proyección en el futuro a través de la inclusión en la historia oficial, los resultados de las recientes investigaciones sobre el pasado deben socializarse y devolverse a través de materiales testimoniales y pedagógicos que supongan un reconocimiento simbólico de la experiencia recibida en los testimonios, una sistematización de los hechos y efectos de la violencia y una dignificación a las víctimas... Pero, además, la memoria debe evitar la fijación en el pasado, la repetición obsesiva y la estigmatización de los sobrevivientes como víctimas. Su valor de reparación va más allá de la reconstrucción de los hechos, la memoria constituye un juicio moral que descalifica éticamente a los perpetradores (Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 1998, p. 400).

### 3. Memoria y olvido

Elie Wiesel, superviviente de Auschwitz y posterior Nóbel de la Paz, cuenta que, en la presentación de una de sus obras, *La ciudad de la suerte*, un periodista belga le hizo la siguiente pregunta: “¿durante cuánto tiempo va a seguir usted revolcándose en el sufrimiento?” Lo hizo, comenta el autor, siguiendo las directrices de una generalizada creencia según la cual algunos judíos empezaban a obtener dividendos del horror de Auschwitz, y que creía que era el momento de pasar página. La reacción de Wiesel es fulminante; la da en la que es su obra más universal,

*Todos los torrentes van a la mar*, su obra más didáctica contra la intolerancia y más letal contra el fanatismo nazi:

El deber de testimoniar. Declarar para historia. Servir a la memoria. ¿Qué sería el hombre sin capacidad de recuerdo? Existe una pasión de recuerdo que no es menos poderosa ni menos invasora que el amor. ¿Qué es recordar? Es vivir en más de un mundo, impedir que el pasado se extinga, reclamar el porvenir para iluminarlo. Es hacer que revivan fragmentos de existencia, salvar seres desaparecidos, iluminar rostros y acontecimientos con una luz blanca y negra, es hacer que retroceda la arena que cubre la faz de las cosas, combatir el olvido, rechazar la Muerte. Sé todo eso. Y, como lo sé, me digo que debería escribirlo. Pero paciencia. Algún día, dentro de unos años, celebraré la memoria. Todavía no. Es demasiado pronto. Conozco ya las carencias, los desfallecimientos del lenguaje. Las palabras me dan miedo (Wiesel, 1996, p. 168).

Como él, Primo Levi recurre también al deber de la memoria en uno de los completos monumentos a la memoria del dolor y de la ofensa vertidos en su trilogía integrada por los siguientes volúmenes *Si esto es un hombre*, *La tregua* y *Los hundidos y los salvados*. Su hilo argumental merece ser tomado como marco de referencia: es necesario recuperar la verdad. Con su ayuda pretendemos también, de manera muy modesta, recuperar algunas otras cosas: una identidad no criminalizada por la mera pertenencia a un determinado grupo o categoría social, el desarrollo del sentimiento de comunidad y de apoyo social, la confianza en las instituciones, devolver a la cotidianidad su carácter rutinario, recuperar los lazos familiares, el castigo a los culpables, acabar con la impunidad, orillar el miedo. Para quienes cargan sobre sus espaldas las consecuencias de catástrofes intencionalmente concebidas y desarrolladas en toda su extensión por la mano del ser humano, la necesidad de esclarecer la verdad es imperiosa

y, como contrapartida, el silencio se torna inmoral porque sigue haciendo dueño de la verdad al victimario. A partir de sus dolorosas experiencias, Primo Levi apunta una reflexión, que no sólo refuerza algunas de las ideas que hemos manejado en la primera parte de este trabajo, sino que adquiere un significado muy singular en la peripecia biográfica de este licenciado en Química en la Universidad de Turín y deportado a Auschwitz por el delito de haber nacido judío:

Debemos constatar una vez más, dolorosamente, que el ultraje es incurable: se arrastra con el tiempo, y las Erinias, en las que es preciso creer, no acosan tan sólo al torturador (si es que lo acosan, con ayuda de la justicia humana o sin ella), sino perpetúan el ultraje cometido por él al negar la paz al atormentado (Levi, 1989, p. 22).

Al escribir estas páginas, Primo Levi no sabía que él tampoco iba a encontrar su lugar en el mundo, aunque su fe en la humanidad estaba ya muy golpeada. Al final, tampoco él fue capaz de sobrevivir al dolor incurable de la ofensa y acabó quitándose de en medio en 1987.

Como muchas de las personas atormentadas no pueden hacerlo por sí mismas, entonces “hay que hablar en nombre de los naufragos. Hablar en su nombre, en su silencio, para devolverles la palabra”, escribe Jorge Semprún, que fue prisionero en Buchenwald (Semprún, 1997, p. 154). El silencio calla y otorga, y otorgar supone también tomar posición; en este caso amparando a los victimarios, justificando las razones de la catástrofe y dejando la puerta abierta a repetir la barbarie. El silencio siempre es cómplice del poder. Y ese es precisamente uno de nuestros objetivos: develar las falacias y los intereses que se esconden tras los muros del silencio, poner al descubierto la indignidad que lo acompaña. Por eso la memoria se vuelve ingrata, quema en las manos de quienes se han servido de ella para seguir alimentando la infamia. Recientemente,

Mauricio Gaborit lo ha descrito de manera muy acertada:

El olvido permite al verdugo, por otro lado, desarrollar un lenguaje que nombre los acontecimientos olvidados y a sus actores con epítetos descalificantes para las víctimas y auto-embellecedoras para sí mismos. Así, a las víctimas se las denomina agitadoras, comunistas, desadaptadas sociales, agentes perturbadores de potencias extranjeras, etc. Los verdugos retienen para sí los calificativos de defensores de la libertad y la democracia, es decir, los protectores de todos aquellos valores culturales que han quedado plasmados en la conciencia colectiva. Esto justifica el uso de medidas extremas que cruzan lo socialmente aceptado y con frecuencia violentan de forma objetiva el orden jurídico establecido y los más elementales derechos humanos (Gaborit 2002, p. 1027).

Y cuando esto sucede, cuando las heridas, las físicas y las psíquicas, acaban rodeadas de silencios bajo múltiples excusas, falaces las más de ellas, las personas y los pueblos están irremediabilmente condenados a una amnesia plagada de sombras en la que sólo hay un ganador: el responsable de la infamia. Un mundo desmemoriado es un mundo al borde permanentemente del abismo, es un mundo desencantado que ha perdido irremediabilmente la esperanza.

En el tercero de los volúmenes de su conmovedora trilogía sobre Auschwitz (*Mesure de nos jours*), Charlotte Delbo va desgranando con extraordinaria franqueza las impresiones, sensaciones, sentimientos que la persiguen a su regreso a casa tras su liberación. Todas ellas guardan parecido con lo que les ocurre a las excombatientes del FMLN que participaron en la investigación de Patricia Silva y a las que acudieron a la reunión de Suchitoto. En primer lugar, la dificultad de explicar con palabras los sucesos a los que estuvieron expuestas:

Y, bueno, y una cosa muy importante es que aprendí a llorar... toda la vida me... nadie me dijo que lo hiciera, pero yo lo aprendí a no, a no exteriorizar mis sentimientos. Me puse blindada en eso de querer y no querer, de no llorar y llorar. Y... bueno, me enseñó a llorar..., que ha sido como un gran... beneficio. Tal vez algún día pueda hablarte (M3TGM-Silva, 2003b, p. 65).

Fíjate que, en la parte dolorosa, tengo ese, eso de que son los que más escondo... Son los que como mecanismo de defensa, los que más escondo, y cuesta que salgan. Tiene que haber un algo así (*chasquea los dedos*) como un detonante para que me lo... reviva o lo saque a flote (M4TGM-Silva, 2003b, p. 101).

Este..., a pesar de que en algún momento haya tenido algunas crisis, ¿verdad?... Pero un espacio así para sacar todo lo que una pueda tener guardado dentro... yo creo que... no lo he tenido, y me imagino que muchas mujeres tampoco lo han tenido (M5TGM-Silva, 2003b, p. 136).

A consecuencia de los recuerdos que la persiguen día y noche, Charlotte Delbo siente como si su cabeza estuviera rodeada de brumas (*flashbacks*). En su tarea de regresar a su vida anterior (su saber, su experiencia, los recuerdos de la infancia, etc.), se topa con un muro: el tiempo ha quedado detenido en los barracones de Auschwitz. Allí vuelve una y otra vez por el día y, sobre todo, por las noches, y en cuanto se relaja, vuelven a primer plano con gran nitidez desde su escondite los contornos precisos de las imágenes del campo; no es posible olvidar: “el pasado no pasa, ni siquiera para aquellas de nosotras que creen haberlo enterrado en lo más recóndito de sí mismas” (Delbo, 1971, p. 206). Ha sido muy duro volver a vivir, confiesa, y observar que el regreso no es el final, sino el comienzo de un nuevo calvario, el de la memoria del horror, el de la memoria del dolor: “desde que regresé apenas duermo”.

Ningún somnífero me hace efecto; “los he probado todos. Duermo unas pocas horas por la mañana, y tampoco todos los días”.

Por eso es por lo que hay que hablar en nombre de los naufragos, como nos acaba de recordar Jorge Semprún, porque frente a los silencios interesados, frente al sistemático intento de ocultar la realidad y de defender a sus responsables, está la lucha incansable por la recuperación de la memoria. Una lucha presidida por su probado valor terapéutico y por su incuestionable papel preventivo desde el punto de vista social. La memoria sirve para dismantelar los mecanismos que hicieron y siguen haciendo posible la barbarie, para luchar contra la impunidad, para recuperar una cierta noción de verdad, a la que tan remisa se muestra la postmodernidad, para asumirla y defenderla a pecho descubierto frente a posiciones preñadas de contaminantes interesados, es decir, para desvelar las estrategias que han servido para justificar lo injustificable, para desenmascarar el discurso ideológico que está detrás de la vulneración de los más elementales derechos humanos, para recuperar la dignidad, para ahuyentar las sombras que se ciernen sobre el futuro, para fijar sobre cimientos sólidos las bases de la concordia, de la reconciliación y de la paz. La memoria se convierte, entonces, en un deber moral ya que por su cauce discurre con mucha frecuencia la defensa de los derechos más elementales de la persona: el de la vida, el de la integridad física, el del bienestar físico, social y psicológico, el de pensar de manera diferente, el de ser mujer en un mundo marcado por el dominio de los hombres, el de ser laico en contextos sometidos a teocracias machistas.

Entonces yo creo que es bueno que hayas escogido este tema, porque también se está queriendo olvidar mucho ... y ... se están cerrando cosas. Entonces allí yo hallo que pudiéramos ver cómo vamos rescatando la memoria histórica de cada una de nosotras, que es totalmente diferente, ninguna va a ser igual a la otra ... Y allí está la riqueza para las

nuevas generaciones... que se están poniendo las pilas (M4TGM) (p. 110).

Yo espero que este estudio abra como... una olla de grillos. Entonces, ver las necesidades que hay y, a partir de ahí, difundir, o sea que las necesidades que hay y ver si otros se interesan porque, por ejemplo, yo, aunque trabajo con mujeres... pero ellas mismas me han comunicado los problemas con sus compañeros excombatientes o con otros (M3TM-Silva, 2003b, p. 140).

[...] y una tercera cosa que tengo ganas de hacer es ir..., eh... quiero hacer duelo. Quiero llevarles flores a un montón de compañeros que no les he llevado, este... y compañeras... eh... y darme una conversadita con ellos para contarles cómo estamos (M3TGM-Silva, 2003b, p. 80).

#### **4. Epílogo: elogio de la amistad y añoranza de los amigos**

El recuerdo de los amigos entra a formar parte, por derecho propio, de nuestra memoria autobiográfica, de los eventos, vivencias y experiencias compartidas a lo largo de los años. Las que vivieron en común los firmantes de este artículo son tantas que muy bien podrían ocupar todo el monográfico. El primer encuentro tuvo lugar en 1995, cuando Mauricio Gaborit realizaba una estancia de trabajo en la sede de la Universidad de Saint Louis en Madrid. Aquel fue un encuentro amigable entre dos personas que, sin conocerse personalmente, ya tenían información mutua a través de conocidos comunes. Fue allí donde Mauricio me informó que había sido nombrado jefe del Departamento de Psicología de la UCA y que nuestro próximo encuentro sería ya en El Salvador. Y así fue, en efecto. La última conversación tuvo lugar a través del WhatsApp el día 21 de enero de 2023. A la pregunta de si iba experimentando mejoría, la respuesta fue ya muy precaria: “Un poco.

Mareado ya no me siento”. A los mensajes del 27 y del 31 de enero ya no hubo respuesta.

Entre 1995 y 2023, los mensajes, los encuentros, las reuniones, los proyectos, los viajes alrededor de El Salvador y también, aunque en menor medida, en España, las confidencias personales y las preocupaciones profesionales, etc., han sido innumerables. Al final de este particular trayecto, quien firma este epílogo puede afirmar sin un ápice de duda que, como decía el sabio latino, Mauricio ha hecho más espléndidas las situaciones favorables, y las adversas, al compartirlas, las hizo más livianas (Cicerón, 2009, p. 128). De ambas tuvimos experiencia a lo largo de los años.

Tahar Ben Jelloun, un consagrado escritor marroquí, acude también a su memoria autobiográfica para regalarnos un hermoso y franco testimonio de sus fracasos, decepciones y pérdidas en el terreno de la amistad, que da comienzo con una bella definición, que, prescindiendo de los matices y comentarios críticos que pudiera merecer desde la psicología, reproducimos en su literalidad:

La amistad es una religión sin Dios, sin juicio final y sin diablo. Una religión no ajena al amor, a un amor donde se proscriben la guerra y el odio, donde es posible el silencio. Podría ser el estado ideal de la existencia. Un estado apacible. Un vínculo necesario y poco común. No contiene ninguna impureza. El otro, el ser que amamos, el que tenemos frente a frente, no solo es un espejo, es también el otro soñándose a sí mismo (Ben Jelloun, 1999, p. 9).

De la lectura de este opúsculo de apenas cien páginas, cabe extraer algunas conclusiones que, una tras otra, han formado parte de la relación interpersonal que los autores de este artículo han mantenido durante más de treinta años, como, a buen seguro lo habrán hecho de cualquier otra relación que tenga la amistad como marco de referencia:

- La amistad no admite infligir las normas de sinceridad.

- La amistad no puede basarse en el miedo ni en la tiranía.

- La amistad solo existe si la atención que se presta al otro es recíproca.

- La amistad no es calculadora, ni tiene segundas intenciones.

- Las heridas de la amistad no tienen consuelo.

- La amistad es generosa: comparte lo que tiene.

- La amistad es libre, voluntaria.

Algunos de estos rasgos caen por su propio peso. La tiranía y el miedo, por ejemplo, se situarían en las antípodas de la amistad. Los amigos lo son de manera libre y voluntaria y sus relaciones están muy alejadas de la lógica de poder-sumisión, tan presente y tan frecuente en muchas de las relaciones interpersonales de hoy y de siempre. Tener amigos no es una obligación; es una decisión tan común, tan vigente a lo largo de la historia y de las culturas, que hay fundadas sospechas de que forme parte de las necesidades primarias presentes en todo ser humano (la necesidad de relación) ocupando, por tanto, un lugar privilegiado en las relaciones interpersonales, esas en torno a las cuales se articula la existencia humana, y, en definitiva, el propio orden social: “la amistad puede convertirse en el pilar de la vida social”, en uno de los vínculos afectivos y lazos sociales a cuyo través y en cuya compañía crecen las emociones positivas (Taylor, 2002, p. 240), esas que tanto bien hacen a nuestra salud mental, tal y como Barbara Fredrickson lleva mostrando desde hace décadas (Fredrickson, 1998; 2001). Algo de ello había adelantado Aristóteles en el libro VIII de la *Ética a Nicómaco*, una obra escrita alrededor del año 350 a.C.: la amistad, dice el sabio griego, es “una cosa muy necesaria para la vida, pues sin amigos nadie desearía vivir, aunque poseyera todos los demás bienes” (Aristóteles, 2001, p. 234). Sin llegar al último extremo, Ignacio Ellacuría apoyaría la mayor: la esencia de lo humano reside en estar activamente

abierto a los demás; más aún, en estar activamente vertido a ellos, “porque en la realización de su absolutéz [el ser humano] tiene que contar con la absolutéz de los demás que se le hacen primariamente presentes en su propia versión constitutiva a ellos”. La realidad de los otros se introduce en mi propia vida, la observo, la realizo y la noto desde mi propia “apertura sentiente” (Ellacuría, 1990, p. 373), esa que convierte en incurable la otredad.

Desde hace unas décadas, la psicología ha concedido carta de naturaleza a esta atractiva premisa filosófica. Lo ha hecho desde la hipótesis del cerebro social: el desarrollo del lóbulo frontal, ese que define nuestra diferencial idiosincrasia como humanos, ha corrido en paralelo a lo largo de evolución filogenética con el establecimiento de la vida social, con la formación de grupos, con la necesidad de participar y colaborar en tareas comunes de las que, en muchos casos, dependía la supervivencia propia y de la prole. En pocas palabras, el tamaño del lóbulo frontal es directamente proporcional al aumento del tamaño del grupo, de las relaciones sociales, de las demandas cognitivas que ha ido llevando impresa la vida social (ver, por ejemplo, Adolphs, 2009; Dunbar, 1998;). Y ya que estamos, aunque sea de manera tangencial, en el campo de la neurociencia, convendría recordar la existencia de una superposición neural del dolor físico y del dolor social (McDonald y Leary, 2005), ese que sobreviene con la pérdida de un amigo, o como consecuencia de la exclusión, el rechazo, el abandono, la soledad, etc. Todas estas, y algunas otras, son las razones en las que se apoya Shelley Taylor para proclamar que el nuestro es un cerebro volcado hacia el cuidado y el afecto:

Debido a las abrumadoras pruebas que existen sobre el cuidado, voy a comenzar por la observación de que somos, fundamentalmente, una especie afectuosa y a mostrar que ello revela una verdad fundamental sobre la naturaleza humana: el cerebro y el cuerpo están contruidos para cuidar, no de forma indiscrimi-

nada, sino a fin de atraer, mantener y alimentar relaciones con los demás a lo largo de la vida. Desde el vientre a la edad adulta, lo que somos – nuestro carácter e incluso nuestra salud física – depende de la gente que nos cuida y de lo bien que nos vaya con ella: nuestras madres, padres, amigos y amantes (Taylor, 2002, p. 21).

Pero si, como es obligado en este momento, vamos a lo concreto cabría señalar que la nuestra, como cualquier otra amistad que se precie, ha estado presidida por la reciprocidad, por una reciprocidad generosa en la atención en una medida equivalente a su alejamiento del cálculo. Se hace necesario recordar que la concesión de la Medalla de Oro de la UCA fue un gesto de generosidad por parte de la Junta de Directores, pero fue, sobre todo, un gesto de amistad incondicional por parte de Mauricio con quien tendré contraída de por vida una impagable e impercedera deuda de gratitud, porque la amistad que se apoya en los cimientos que nos están sirviendo de guía en este epílogo, hace que los ausentes sigan estando presentes, pues “tanta es la estima, el recuerdo y la añoranza” que suscitan, dice Cicerón (2009, p. 128).

La amistad basada en el interés, en la utilidad, en cosas perecederas, dijo Aristóteles, tiene los pies de barro y se desmorona al primer inconveniente. Mucho después, Georg Simmel se atreverá a dar un paso más: entre los amigos, la implicación y el compromiso es más plausible que en el amor que corre por las venas del matrimonio. En primer lugar, porque aquella “descansa sobre lo puramente personal”, mientras que el matrimonio “contiene muchos elementos transindividuales” (Simmel, 1977, p. 108). Entre los amigos, continúa el sociólogo alemán, la entrega no es tan apasionada como en el matrimonio, pero eso queda holgadamente compensado por una regularidad y una duración más prolongada (Simmel, 1977, p. 374), que no siempre es la regla en la vida matrimonial o en las relaciones de pareja, como, por otra parte, resulta fácil comprobar en cualquiera de los entornos en los que discurre

la vida social en la actualidad. A la postre, tal y como sentencia Cicerón, excepción hecha de la sabiduría, la amistad es lo más grande que los dioses han dado a los seres humanos.

### Referencias bibliográficas

Adolphs, R. (2009). The Social Brain: Neural Basis of Social Knowledge. *Annual Review of Psychology*, 60, 693-716. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.60.110707.163514>

American Psychiatric Association (1995). *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: Masson.

Aristóteles (2001). *Ética a Nicómaco*. Alianza.

Bauleo, A. (1975). *Psicología y sociología de grupo*. Fundamentos.

Ben Jelloun, T. (1999). *Elogio de la amistad*. El Aleph.

Canetti, E. (1983). *Masa y poder*. Alianza.

Chacón, D. (2002). Las mujeres que perdieron la guerra. *El País Semanal*.

Camon, F. (1995). *Primo Levi en diálogo con Ferdinando Camon*. Anaya & Mario Muchnik.

Cicerón (2009). *Sobre la vejez. Sobre la amistad*. Alianza.

Delbo, C. (1971). *Auschwitz et après III. Mesure de nos jours*. Les Éditions de Minuit.

Dunbar, R. (1998). The Social Brain Hypothesis. *Evolutionary Anthropology*, 6(5), 178-190. [https://doi.org/10.1002/\(SICI\)1520-6505](https://doi.org/10.1002/(SICI)1520-6505)

Ellacuría, I. (1990). *Filosofía de la realidad histórica*. UCA Editores.

Fredrickson, B.L. (1998). What Good Are Positive Emotions? *Review of General Psychology*, 2(3), 300-319. <https://doi.org/10.1037/1089-2680.2.3.300>

Fredrickson, B.L. (2001). The role of positive emotions in posi-

tive psychology. The broaden-and-build theory of positive emotions. *American Psychologist*, 56(3), 218-226. <https://doi.org/10.1037//0003-066x.56.3.218>

Gaborit, M. (1999). Aspectos psicosociales en un desastre natural: le huracán Mitch y El Salvador. *Estudios Centroamericanos*, 60(6), 351-366.

Gaborit, M. (2002). Memoria histórica: relato desde las víctimas. *Estudios Centroamericanos*, 69/650, 1021-1032.

Greenwald, A.G., y Banaji, M.R. (1989). The self as a memory system: Powerful, but ordinary. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57(1), 41-54. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.57.1.41>

Halbwachs, M. (1968). *La Mémoire collective*. Presses Universitaires de France.

Janoff-Bulman, R. (1992). *Shattered Assumptions: Towards a New Psychology of Trauma*. The Free Press.

Levi, P. (1988). *La tregua*. Muchnik Editores.

Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Muchnik Editores.

Lira, E., y Castillo, M.I. (1993). Trauma político y memoria social. *Psicología Política*, 6, 95-116.

Martín-Baró (1981). Actitudes en El Salvador ante una solución política a la guerra civil. *ECA*, 390/391, 325-348.

Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica I*. UCA Editores.

Martín-Baró, I. (1984). Guerra y salud mental. *Estudios Centroamericanos*, 429/430, 503-514.

Martín-Baró, I. (1988). La violencia política y la guerra como causas del trauma psico-social en El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 28, 123-141.

Martín-Beristain, C. (1999). *Reconstruir el tejido social*. Icaria Antrazyt.

- McNally, R.J. (1998). Experimental approaches to cognitive abnormality in post-traumatic stress disorder. *Clinical Psychology Review*, 18(8), 971-982. [https://doi:10.1016/S0272-7358\(98\)00036-1](https://doi:10.1016/S0272-7358(98)00036-1)
- McDonald, G., y Leary, M. (2005). Why Does Social Exclusion Hurt? The Relationship Between Social and Physical Pain. *Psychological Bulletin*, 131(2), 202-223. <https://doi:10.1037/0033-2909.131.2.202>
- Miller, G.A. (1969). Psychology as a Means to Promote Human Well-Being. *American Psychologist*, 24(12), 1063-1075. <https://doi.org/10.1037/h0028988>
- Mollica, R. (1999). Efectos psicosociales y sobre la salud mental de las situaciones de violencia colectiva (pp. 45-63). En P. Pérez (coord.), *Actuaciones psicosociales en guerra y violencia política*. Exlibris Ediciones.
- Martín-Beristáin, C. (1999). *Reconstruir el tejido social*. Icaria Antrazyt.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (1998). *Guatemala Nunca Más. Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la memoria histórica*. Tercera Prensa.
- Pennebaker, J., y Basanick, B. (1998). Creación y mantenimiento de memorias colectivas. En D. Paéz, J. Valencia, J. Pennebaker, B. Rimé, y D. Jodelet (Eds.), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*. Universidad del País Vasco.
- Pennebaker, J., and Crow, D. (2000). Memorias colectivas: la evolución y la durabilidad de la historia. En A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (Eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional* (pp. 231-257). Biblioteca Nueva.
- Pichon-Rivière, E. (1975). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Porter, S., y Birt, A. R. (2001). Is traumatic memory special? A comparison of traumatic memory characteristics with memory for other emotional life experiences. *Applied Cognitive Psychology*. 15(7), S101-S117. <https://doi:10.1002/acp.766>
- Semprún, J. (1997). *La escritura o la vida*. Tusquets.
- Silva, P. (2003a). *Mujeres militantes del FMLN: empoderamiento, participación y resiliencia a diez años de la firma de los acuerdos de paz en El Salvador*. [Tesis de Maestría no publicada]-. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".
- Silva, P. (2003b). *Mujeres militantes del FMLN: empoderamiento, participación y resiliencia a diez años de la firma de los acuerdos de paz en El Salvador. Entrevistas*. [Tesis de Maestría no publicada]-. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".
- Simmel, G. (1977). *Sociología 1. Estudios sobre las formas de socialización*. Revista de Occidente.
- Sobrinho, J. (2003). *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía*. UCA Editores.
- Taylor, S.E. (2002). *Lazos vitales. De cómo el cuidado y el afecto son esenciales para nuestra vida*. Taurus.
- Van der Kolk, B. (2002). In Terror's Grip: Healing the Ravages of Trauma. *Cerebrum*, 4(1), 34-50.
- Van der Kolk, B., y van der Hart, O. (1991). The Intrusive Past: the Flexibility of Memory and the Engraving of Trauma. *American Imago*, 48(4), 425-454.
- Wiesel, E. (1996). *Todos los torrentes van a la mar*. B Anaya & Mario Muchnik.
- Yáñez, S. (2002). Apoyo psicosocial en tiempos de oscuridad: una experiencia compartida en El Salvador. *Estudios Centroamericanos*, 649/650, 1103-1120.